

Algunas reflexiones sobre la historia de la técnica psicoanalítica¹

R. Horacio Etchegoyen, APdeBA

Este *Encuentro* se propone trazar la historia del trabajo psicoanalítico clínico desde Freud a nuestros días, con un enfoque a la vez retrospectivo y prospectivo. Trazar las líneas en que se va desenvolviendo la teoría a partir de la monumental obra freudiana, donde las ideas divergen y confluyen, es una labor difícil; pero más lo es estudiar de esta manera la técnica psicoanalítica. Los cambios en la teoría son por lo general notorios y ruidosos, se acompañan de enfrentamiento y polémica; los de la técnica son graduales y pueden pasar inadvertidos, aunque más de una vez originan conflicto y controversia.

Esta diferencia, sin embargo, es aleatoria, y cabe recordar que Freud siempre consideró que una característica distintiva de su método es que la teoría y la técnica van siempre unidas como los bueyes al yugo ('Jutkim'). Yo coincido con esta afirmación; pero muchos psicoanalistas distinguidos consideran que la teoría es versátil y la técnica permanece igual a sí misma. Esto puede explicarse, a mi juicio, porque la influencia entre ambas no se da de inmediato y las prescripciones técnicas tardan en incorporarse a la práctica; lo que proviene del ejercicio profesional de cada analista y de la comunidad a la que pertenece.

Todos (o casi todos) estamos de acuerdo en afirmar que los trabajos técnicos de Freud de la segunda década del siglo sentaron las bases de nuestra praxis que siempre respetamos, sin desconocer las infinitas variedades en que se fueron presentando.

Voy a tratar de seguir el itinerario de los grandes cambios, sabiendo que no es sencillo contenerlos en esta exposición, y sin dejar de reconocer que en la selección pueden influir mis predilecciones personales y mi ignorancia. No me voy a ocupar de la evolución de la técnica en la psicosis, en los niños y la enfermedad psicósomática, la pareja y los grupos, porque de ello hablarán autorizados colegas, lo mismo que de la psicoterapia psicoanalítica. A pesar de haber dicho que la teoría y la técnica van siempre juntas, voy a circunscribirme a la técnica y dejaré de lado la evolución de la teoría, para no

alargarme indebidamente y no entrar en polémicas. No he venido a Versailles a opinar sino a dar testimonio.

Un punto de inflexión en la historia de la técnica se produce cuando Freud abandona la hipnosis y recurre a la coerción asociativa (concentración), imponiendo sus manos en la frente de los enfermos para que surjan los recuerdos. Este procedimiento se insinúa en los primeros casos que Freud presenta en los *Estudios sobre la histeria* y se utiliza ya cumplidamente en 1892 con Isabel de R. En ese momento, Freud descubre claramente la *resistencia*, ya que advierte que el olvido es un proceso activo de no querer recordar.

Descubrir que la resistencia existe y está siempre presente lleva de la mano a Freud, determinista à outrance, a abandonar la coerción asociativa por la asociación libre. Este paso, que se da hacia 1896 ó 1897, funda el psicoanálisis. A ello se refiere Freud seguramente cuando afirma, en las *Palabras preliminares* del caso Dora, que «la técnica psicoanalítica ha experimentado un vuelco radical» (A.E., 7:11) desde que se publicaron los *Estudios* en 1895. Vale la pena recordar que *Fragmento de análisis de un caso de histeria* apareció en 1905, pero fue escrito en enero de 1901, un mes después de interrumpido el tratamiento, que duró tres meses y terminó el 31 de diciembre de 1900.² Es legítimo suponer, como Strachey (1953), Alain de Mijolla (1984) y otros estudiosos, que la afirmación recién transcrita data de enero de 1901. Puede afirmarse, entonces que, ya antes de tratar a Dora, Freud practicaba cabalmente el psicoanálisis.

Según se desprende de ese historial, Freud utiliza con Dora la asociación libre y la interpretación de los sueños, no menos que sus actos sintomáticos, hasta que ella lo sorprende con su decisión de interrumpir el tratamiento. En ese momento Freud se da cuenta, aunque tarde, de que Dora le ha transferido su conflicto con el Sr. K; y este contratiempo le permite completar su concepción de la *transferencia*, que ya había descubierto en el cuarto capítulo de los *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895).

Un lustro después, cuando habla en el Colegio Médico de Viena el 12 de diciembre de 1904, Freud separa tajantemente el psicoanálisis (y el método catártico) de las otras formas de psicoterapia, con lo que sienta el objetivo básico de su procedimiento, que opera «per via di levare» y no «per via di porre» (Freud, 1905a). Esta lúcida delimitación muestra el genio de Freud para captar lo esencial, como dice Zac (1971).

El análisis de El Hombre de las Ratas, que empezó en octubre de 1907, marca otro momento importante. En la segunda sesión dice el paciente que hay cosas que no puede contar y, lleno de angustia, pide que lo dispense de entrar en ciertos pormenores; pero Freud le responde en forma tan inflexible que el Dr. Lanzer, al verse obligado a contarle el tormento de las ratas, lo confunde con el cruel capitán.³ Este episodio se detalla en el excelente libro de Patrick Mahony (1986). También David Rosenfeld (1992) estudia este episodio y muestra, asimismo, la enorme distorsión semántica con que El Hombre de las Ratas recibe los arenques que Freud le ofrece, así como sus interpretaciones.

Poco después, y mientras lidia con El Hombre de los Lobos en los primeros años de la segunda década del siglo, Freud escribe sus trabajos técnicos. Vale la pena recordar que el análisis de Sergei C. Pankejeff duró cuatro años y terminó poco antes de que se desencadenara la Primera Guerra Mundial. (Freud lo escribió en ese momento, pero sólo lo publicó en 1918). Muchos autores, como Meltzer (1978), estiman que es el historial más completo de Freud.

A los fines de este trabajo conviene distinguir los principios generales que Freud establece en sus trabajos técnicos y constituyen el *método* psicoanalítico, de los *consejos* al médico, de menor nivel de abstracción.

Freud establece la asociación libre como la *única* regla que impone a sus pacientes, la regla *fundamental*, indispensable para el desarrollo de la cura. La asociación libre y su contrapartida, la atención flotante, marcan la tarea del analizado, que es dar información diciendo *todo* lo que aflora en su mente, y del analista, que es recibir esa información (escucha) y responder sólo con una información que se llama interpretación (y/o construcción). De ellas se siguen las otras normas del método, esto es, la reserva analítica, la asimetría y la regla de abstinencia.

La reserva analítica se justifica por diversas razones. Por de pronto, si no se quiere perturbar la asociación libre, el analista debe permanecer en silencio, a la escucha, sin interferir con preguntas,

opiniones, consejos, comentarios y exhortaciones. La reserva analítica también se sustenta en la transferencia: «El médico no debe ser trasparente para el analizado, sino, como la luna de un espejo, mostrar sólo lo que le es mostrado» (A. E., 12: 117). Estas palabras, que pertenecen a *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico* (Freud, 1912), fueron muchas veces criticadas; pero, a mi juicio, son la clave de la técnica. La reserva marca un diálogo singular en que dos personas hablan solamente de una de ellas (Lieberman, 1962), lo que sanciona la asimetría de la relación y define la polaridad de ambos papeles, igualmente difíciles, ya que es tan penoso tener que decir todo como no poder decir nada.

La regla de abstinencia puede entenderse de diversas maneras. Freud la introduce en 1915 con referencia a los sentimientos eróticos de sus analizadas y previene que el analista no puede satisfacer las demandas de amor ni en forma directa ni mediante subrogados. Afirma inequívocamente: «La cura tiene que ser realizada en la abstinencia». (A. E., 12: 168). Al volver al tema en el Congreso de Budapest en 1918 (Freud, 1919), afirma nuevamente: «*En la medida de lo posible, la cura analítica debe ejecutarse en un estado de privación —de abstinencia—*» (A. E., 17: 158, bastardillas en el original); y precisa después que la abstinencia apunta a evitar la satisfacción sustitutiva que los síntomas procuran al paciente; lo mismo había dicho en 1915. Así entendida, la regla de abstinencia parece que se aplica solamente al analizado y suena un poco a técnica activa, ignorando la enorme privación que tiene que soportar el analista si va a cumplir con su difícilísima función de espejo. Si se la extiende a toda la interacción analizado/analista, como hacen con razón María Isabel Siquier y Alberto Solimano (2000), la regla de abstinencia es un principio básico del método.

En medio de sus polémicas con Jung y Adler, en su *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914), luego de decir que la teoría psicoanalítica se mueve en los parámetros de la resistencia y la transferencia, Freud afirma: «Cualquier línea de investigación que admita estos dos hechos y los tome como punto de partida de su trabajo tiene derecho a llamarse psicoanálisis, aunque llegue a resultados diversos de los míos» (A. E., 14: 16). Si bien transferencia y resistencia son teorías y no hechos, lo cierto es que en esta forma queda definido con precisión el procedimiento técnico del psicoanálisis.

A diferencia de los principios generales, que hacen al *método* y tienen siempre un componente

ético, están los *consejos* al médico, que Freud mismo considera contingentes. Si bien es cierto que hay entre ambos zonas de tránsito, creo necesario separarlos, porque muchas veces discutimos sobre consejos como si fueran normas y viceversa.

Entre los consejos, cabe mencionar el uso del diván, el número de sesiones, el cobro de las horas a las que el paciente no concurre, el acuerdo sobre honorarios, horarios y vacaciones. A pesar de ser variables, los consejos fueron de hecho aceptados por los psicoanalistas, no sólo — creo yo — por la enorme y comprensible autoridad que Freud ejerce en nosotros, sino también porque encierran una gran sabiduría y hacen realmente a la historia de la técnica.

El diván hunde sus raíces en la historia, continúa la técnica empleada en el método inicial de ampliar la conciencia (Breuer) o recuperar los recuerdos (Freud) bajo hipnosis, y se justifica obviamente en el método de la coerción asociativa. Freud da también una razón personal para su uso: no soporta la mirada de los pacientes en sus largas horas de trabajo ni le gusta que ellos perciban los gestos que sus dichos le provocan. El uso del diván puede explicarse, sin embargo, por razones más generales, que lo acercan a las normas del método. Así como se ha demostrado necesario que el analista restrinja los contactos sociales con el paciente para no enturbiar la asepsia analítica, no es tampoco conveniente que el analizado tome contacto con las reacciones afectivas que nos despierta. Desde este punto de vista, el uso del diván preserva la asimetría y la reserva analítica y puede incluirse, entonces, entre los principios generales. Hay otras circunstancias, más domésticas, que también abogan por el diván, que ofrece al paciente una situación cómoda y relajada y lo protege (lo mismo que al médico) de la posición frente a frente, que puede resultarle embarazosa. De todos modos, cuando invitamos al analizado a acostarse en el diván y le decimos que así se desarrolla el tratamiento, no se lo imponemos. Una vez introducida la norma, el analizado tiene la libertad de no cumplirla y nosotros de interpretarla, según se vayan presentando en el material los motivos inconcientes de permanecer sentado. La misma actitud, por otra parte, mantenemos al introducir la regla fundamental: no la proponemos para que el analizado la cumpla sino para tener el derecho de interpretar su incumplimiento como resistencia.

Adler, después de separarse de Freud en los años diez, proscribió el diván porque refuerza el sentimiento de inferioridad, lo que casa

perfectamente con su técnica de analizar el yo más que el inconciente. También Fairbairn (1958) abandonó el diván al final de su práctica, considerando que, desde la perspectiva de su teoría, la relación real entre analizado y analista es un factor terapéutico, que el diván interfiere.

En fin, que el diván tiene algo más que las predilecciones de Freud para usarlo. Cabe destacar, por fin, que el diván estimula un intercambio básicamente verbal entre el analizado y el analista.

El número de las sesiones es otro de los consejos que da Freud y que se ha prestado a grandes controversias. Adviértase que en los nuevos consejos de 1913, Freud dice que trabaja con sus pacientes seis veces por semana (A.E., 12:129), pero no parece estar imponiendo una regla que todos debemos cumplir, máximo cuando agrega acto seguido: «En casos benignos, o en continuaciones de tratamientos muy extensos, bastan tres sesiones por semana» (Ibídem: 129). No parece, pues, ser definida la posición de Freud con ese ritmo, si bien piensa, como la mayoría de nosotros, que una premisa del tratamiento es un contacto permanente y continuado. No lo cree así Winnicott (1977), sin embargo, cuando trata a The Piggie «on demand».

El número de las sesiones por semana y su distribución en días diferentes ha sido tema de un amplio debate todavía no agotado en el seno de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Como dicen Ferrari y Seiguer (1997), Freud no parece darle tanta importancia; y a esto debe agregarse que él siempre tuvo la idea de que la duración del tratamiento debe medirse en meses y hasta en semanas, no en años como hacemos nosotros. También debe reconocerse que aunque Freud no prescriba el número de sesiones con toda claridad y no lo funda teóricamente, como lo hace con la asimetría y la regla de abstinencia, es evidente que da algunos elementos empíricos (el hielo de los lunes, etcétera) para sustentar la necesaria continuidad del contacto.

En sus reminiscencias sobre su análisis con Freud, Kardiner (1977) refiere que, al aceptarlo en tratamiento, Freud le escribe una carta donde le dice que su tratamiento va a durar seis meses («Six months are a good term to achieve something both theoretically and personally»), y así lo cumplió pese a sus quejas.

Cuenta Kardiner un incidente risueño al comienzo del tratamiento, por todos conocido, que muestra que las seis horas de trabajo no eran un imperativo categórico del método. Freud disponía sólo de treinta horas vacantes para seis pacientes

que había aceptado, y entonces los reunió para decirles que podría atenderlos pero a razón de cinco veces por semana.⁴ Así se instauró el régimen de cinco sesiones, que después se extendió a Inglaterra, donde el sábado inglés era sagrado, a Estados Unidos y a otros países del mundo. Cuando se fundó la Asociación Psicoanalítica Argentina en 1942, los análisis se hacían por lo general a razón de cuatro veces por semana, aunque algunos pacientes hacían cinco. Hay muchos países, y Francia es un ejemplo, donde el ritmo habitual es de tres veces por semana.

En resumen, desde el punto de vista del desarrollo histórico, la idea de que el análisis debe hacerse cuatro o cinco veces por semana y debe durar años es una idea más postfreudiana que freudiana. Sólo en tiempos recientes la IPA formalizó sus estándares (Janice de Saussure, 1983-1985).

Para la mayoría de los analistas la duración de las sesiones debe ser fija e inamovible, y va de sesenta a cuarenta y cinco minutos; la hora de cincuenta minutos es la más aceptada. Lacan (1953, 1966), sin embargo, sostuvo siempre la llamada *sesión de tiempo libre*. Justifica esta actitud porque la sesión debe terminar cuando se cierra una estructura, ya que la suspensión no es indiferente a la trama del discurso y desempeña un papel de escansión que tiene todo el valor de una intervención para precipitar los momentos concluyentes. (*Lectura estructuralista de Freud*, p. 73).⁵ La parole vide, cuando el sujeto habla en vano (p. 75; p. 254), es otro motivo de escansión. Esta técnica ha sido discutida por muchos autores porque expone a conflictos de contratransferencia, se acerca demasiado a la técnica activa (Ahumada, 1992) y aboca inevitablemente a problemas éticos (Gilbert Diatkine, 1999).

Basado en sus teorías, Fairbairn (1958) también cuestiona que el tiempo de la sesión se rija por el reloj y no por la dinámica interna de la relación.

Otro de los consejos al médico, que se acepta por lo general sin conflicto, se refiere al pago de las sesiones en que el analizado falta, si bien esta norma no es rígida y puede variar según el estilo del analista, las expectativas del analizado y las circunstancias.

Ahora que hemos recordado el método y los consejos de Freud, y los hemos refrendado, deseo señalar que Freud no siempre seguía sus propios preceptos, como dicen Mahony (1986), Paul Roazen (1995) y otros autores. En esta contradicción influyen diversos factores. Es verdad que el acto de creación parece liberar a Freud de

compromisos y formalidades; pero no alcanza para explicar sus infracciones, que lo exponían para perturbar su campo de observación. Speziale-Bagliacca (1982) lo atribuye al autoritarismo de Freud y yo le doy la razón, porque me parece notorio que Freud pensaba (y su genio lo apoyaba fuertemente) que nunca se equivocaba y su memoria, realmente formidable como la del pintoresco Funes de Borges (1944), le hacía pensar que siempre estaba en lo cierto. Sin embargo, la verdad es que Freud a veces se equivocaba y su memoria lo traicionaba.

Más allá del genio y el autoritarismo de Freud, sus renuncios deben explicarse también porque, a pesar de su autoanálisis, él no fue nunca dueño de su contratransferencia. Cuando introdujo el concepto en el Congreso de Nüremberg, Freud (1910) dice taxativamente que los puntos ciegos en la comprensión del psicoanalista provienen de su contratransferencia, que es, por tanto, un obstáculo para su labor. Esta concepción de la contratransferencia como obstáculo fue compartida por todos los grandes pioneros, Jones, Abraham, Melanie Klein, Reich, Anna Freud, Lacan, Hartmann, con la sola excepción, tal vez, de Ferenczi. Para llegar a tomar todo lo que dice el paciente como material, es decir sin darle otro sesgo informativo, y para decodificar como ocurrencia contratransferencial (Racker, 1953) lo que en su momento le quisiéramos decir, todos hemos tenido que recorrer un largo camino. Es cosa del oficio, del aprendizaje de nuestro *métier*, poner las cosas en el lugar que tienen. Por esto me resultó más difícil *no* decirle a mis pacientes que había nacido mi hijo Alberto, que hoy no decirles que nació mi nieto Pedro. Vaya esto como principio de explicación entre la distancia que va de lo que Freud prescribe y proscriba a lo que hace en Berggasse 19.

Melanie Klein le pidió a Rosenfeld que no publicara sus trabajos sobre la esquizofrenia hasta que ella presentara su escrito sobre los mecanismos esquizoides (Grosskurth, 1986). Parece también que Abraham era reticente a interpretar algunas cosas a Klein antes de publicarlas. Es evidente, en fin, que los grandes pioneros no siempre cumplían con las normas del método y lo mismo se aplica, es obvio, a todos nosotros.

Los escritos técnicos establecen las bases de una praxis que coincide con la teoría de esos años, la metapsicología, en cuanto pone el acento en las resistencias, lo inconciente y la superficie psíquica. Esta teoría se fue mostrando más y más insuficiente, lo que llevó a una honda crisis.

Para facilitar la libre asociación Ferenczi (1919, 1920) recurre a la técnica activa, que Freud elogió en Budapest (y practicó), mientras Abraham (1919) llama la atención sobre ciertos analizados que no sólo incumplen la regla fundamental sino que cuestionan el método de la asociación libre. El procedimiento analítico resultaba, pues, más complicado de lo que parecía y sus efectos terapéuticos no siempre se lograban.

La consecuencia de esta crisis llevó a algunos analistas distinguidos a cambiar la teoría, y así aparecieron el Daseinsanalyse y el psicoanálisis cultural, mientras que Freud (1923, etcétera), sin abdicar de sus principios, renovó sus teorías: la metapsicología dio paso a la teoría estructural. Es difícil decidir si el gran cambio que promovió la teoría estructural repercutió sobre la técnica o si al revés, como yo me inclino a pensar, las dificultades de la praxis llevaron a la nueva teoría.

En 1923 Ferenczi y Rank plantearon la necesidad de una práctica vital y activa, que prestara más atención a la transferencia que al recuerdo, más a lo emocional que al conocimiento. Critican el sesgo intelectual de la técnica de Freud, cuando imparte conocimientos teóricos al analizado; y le objetan, también, no discriminar la resistencia de la transferencia negativa, que reivindicaban como parte esencial de la cura.

En concordancia con estos principios y con el gran trabajo de Abraham de 1919, Wilhelm Reich dicta su seminario técnico de Viena, donde la transferencia negativa viene a ocupar el centro de la escena y lo lleva a una concepción más amplia de la superficie psíquica, que incluye la resistencia caracterológica como factor económico. Esta investigación culmina en su célebre *Análisis del carácter* (1933).

Simultáneamente, y por otro camino, Melanie Klein (1926, etcétera) introduce la técnica del juego en el análisis de niños, donde también la transferencia negativa ocupa un lugar principal.

En esto coinciden Reich y Klein, pero discrepan en el uso de la interpretación, ya que Reich la aplica sistemáticamente para levantar la resistencia transferencial, mientras Klein se inclina por la interpretación profunda del material inconsciente, haciendo un libre uso de los símbolos y atendiendo por igual a la transferencia negativa y positiva, materna y paterna. Si bien esta diferencia se explica en principio por la índole de los pacientes que tratan, también es cierto que hay divergencias de fondo, que no tardarán en aparecer.

En 1927 Anna Freud publica sus conferencias sobre psicoanálisis infantil, donde aboga por un

acercamiento cauto al niño, cuyo análisis sólo es posible luego de un período preparatorio que consolida la relación de trabajo, donde psicoanálisis y educación van de la mano. Ella critica las interpretaciones profundas de Klein, que le parecen demasiado audaces, por no decir silvestres, y descreo que el niño pueda establecer una transferencia, en cuanto la «primera edición», esto es, su relación con los padres, no se ha agotado.

En el *Simposio sobre análisis infantil* que tuvo lugar en la Sociedad Británica, Klein (1927) sostiene que el niño, aún pequeño, ya ha establecido a sus padres como objetos internos, que los transfiere al analista; y que, si se interpreta el juego como un sueño y los comentarios del niño al jugar como asociaciones, el psicoanalista tiene un acceso directo al inconsciente sin necesidad de un período previo. Con esta técnica, el análisis de los niños puede llevarse a cabo, como el del adulto, sin recurrir a medidas pedagógicas.

Sabemos que Freud se disgustó con Jones por la forma en que los ingleses trataron a Anna en el Simposio, según lo estudia Riccardo Steiner (1985); pero conviene agregar que la posición de Anna le resulta más afín al padre (de ella y del psicoanálisis) que la de Melanie.

Sin entrar en la discusión sobre el origen del superyó y el complejo de Edipo, que pertenecen más al ámbito de la teoría, es evidente que el énfasis de Klein en la transferencia negativa y la interpretación profunda no podían despertar la adhesión de Freud. Por más que Klein creyera que su técnica era más 'freudiana', había entre Sigmund y Anna vínculos no sólo de sangre sino también teóricos. A diferencia de Reich y de Klein, que rompieron totalmente con la sugestión, Freud nunca dejó de pensar que era necesaria para vencer la resistencia. Es que para prescindir de la sugestión hay que interpretar a fondo la transferencia negativa, lo que Freud nunca hizo.

Después de la crisis de los años veinte, y mientras Reich y Fenichel sostienen que la técnica es pasible de sistematización polemizando con Theodor Reik (1933) que aboga por la intuición y la sorpresa, aparecen otros aportes significativos.

El trabajo de Strachey (1934) sobre la acción terapéutica del psicoanálisis es una síntesis formidable de todas las ideas en pugna de la época. Strachey piensa que la neurosis se constituye a partir de un círculo vicioso en que el sujeto proyecta en el objeto su superyó, que le vuelve inmodificado, cuando no peor. Hay, por fortuna, una forma de romper este círculo vicioso, y es

cuando el analista, sobre quien se proyecta el objeto interno, se convierte por un momento en superyó auxiliar y, desde esa posición, interpreta en dos tiempos la catexia que se le ha proyectado y su diferencia con el objeto arcaico. Si el psicoanalizado logra diferenciar a su analista del objeto primitivo, lo introyecta como más racional, con lo que se rompe por un momento el círculo vicioso y *muta* la estructura.

La interpretación mutativa resuelve los problemas que en aquellos años se estaban debatiendo y que son, al fin y al cabo, los centrales del método psicoanalítico de todos los tiempos. La interpretación mutativa es inevitablemente (o casi) una interpretación transferencial, porque sólo en ella coinciden el objeto arcaico con el que lo interpreta. Es realmente muy improbable que el analista pueda mostrarle convincentemente al analizado que está superponiendo su objeto arcaico con alguien de su entorno; y muy raro, también, que ese alguien no responda a la proyección como el objeto arcaico.

Además de ser transferencial, la interpretación mutativa respeta la idea freudiana de superficie psíquica porque atiende sucesivamente a la defensa y el contenido, al par que responde a la exigencia kleiniana de llegar a estratos profundos. (Si bien se mira, la interpretación mutativa da en el punto justo, y no es por tanto ni superficial ni profunda). La interpretación mutativa, en fin, obtiene la vivencia que reclaman Ferenczi y Rank (1923), ofrece el conocimiento de lo inconciente que busca Freud y constituye el momento de insight ostensivo del que muchos años después hablará Richfield (1954) y también Hanna Segal (1962) en el Congreso de Edinburgo.

Al lado del escrito de Strachey aparece otro trabajo fundamental, *El destino del yo en la terapia analítica*, donde Sterba introduce el concepto de alianza terapéutica: en el proceso psicoanalítico el yo se divide en una parte que expresa los conflictos neuróticos y otra que, identificada con el analista, los observa y los comprende. Esta línea de investigación fue seguida después por Elizabeth R. Zetzel (1956, etcétera) y Ralph Greenson (1965, etcétera), que ponen el énfasis en la regresión en el setting como condición necesaria del proceso psicoanalítico, mientras Winnicott (1955), en uno de sus trabajos más perdurables, entiende la regresión en el setting como un factor de alto valor curativo para ciertos pacientes.

En 1936 aparece el lúcido libro de Anna Freud, que aplica consistentemente a la técnica psicoanalítica los principios de la teoría estructural.

Si bien Anna Freud respeta el principio freudiano de partir de la superficie psíquica y de atender primero la defensa que el contenido, como también lo hará Fenichel (1941), recoge los principios del análisis del carácter de Reich y, al interpretar, se coloca equidistante del ello, el superyó y el yo. La técnica de Anna Freud es, pues, más versátil que la de Reich, al par que critica el acceso directo al inconciente y el recurso a los símbolos que propone Klein, aunque recoge de ella, tal vez, la idea de interpretar oscilando entre el yo y el ello.

La monografía de Heinz Hartmann (1939) sigue de cerca los preceptos de Anna Freud y separa el área de conflicto del área libre de conflicto del yo. Como todos sabemos, el pensamiento de Hartmann y de sus colaboradores Loewenstein y Kris dominó por muchos años el psicoanálisis de los Estados Unidos, hasta que aparecieron otras tendencias, representadas por Leo Rangell, Jacob Arlow, Robert S. Wallerstein, Harold P. Blum y Charles Brenner entre otros autores. Sin separarse de Hartmann, Rangell entiende que el psicoanálisis es una empresa de todos en la que los conocimientos se van acumulando a partir de investigaciones dispares, a las que él mismo aporta su contribución a la función yoica de toma de decisiones y la teoría de la acción (Rangell, 1971, 1989, etcétera). Arlow (1969, etcétera) se interesó por la dialéctica entre fantasía y realidad, mientras que Wallerstein (1988) busca la unidad en la diversidad de nuestras teorías y Blum (1994) renovó el interés de Freud (1937) por las construcciones. Brenner (1994, 1999), por su parte, fue más allá del yo y el ello de la teoría estructural y, colocando el conflicto y las formaciones de compromiso en el centro de su reflexión, abandonó resueltamente el concepto de área libre de conflicto.

También la técnica kleiniana fue sufriendo cambios significativos, con más atención en el proceso mental preconciente y cierta cautela al interpretar la envidia primaria. Cabe destacar los trabajos de Betty Joseph, que enfatiza la importancia del acting in en la transferencia y lo señala como un serio y persistente intento de pervertir el vínculo transferencial, tal como puede estudiarse en su valioso libro *Equilibrio psíquico y cambio psíquico* (1989).

Cuando en los años cincuenta Jacques Lacan inaugura su Seminario y pronuncia su Discurso de Roma (1953), nos encontramos con un desarrollo teórico que habría de dejar hondas huellas en Francia y en el mundo entero. Lacan toma como punto de partida la lingüística estructural de Ferdinand de Saussure para proponer un retorno a

Freud con una lectura estructuralista. Después va a tomar otros caminos que no es ahora el momento de recorrer y pueden encontrarse en el bien fundado libro de Elizabeth Roudinesco (1993). Muchos escritos de Lacan se ocupan de la técnica psicoanalítica, como por ejemplo *La direction de la cure et les principes de son pouvoir* (1958), donde pueden apreciarse su concepto del yo, diametralmente opuesto al de Hartmann, su modo de entender dialécticamente la transferencia y su creciente énfasis en el discurso psicoanalítico, que recientemente criticó Ahumada (1992).

Coincidiendo con una modificación cultural propia de nuestro tiempo, que destaca la íntima relación entre el observador y su objeto, en la mitad del siglo sobreviene un cambio drástico en la forma de concebir la contratransferencia. Es mérito de Paula Heimann (1950, 1960) y Henrich Racker (1960) entenderla no sólo como un obstáculo, sino también como un *instrumento* de la cura. Este salto cualitativo instaura verdaderamente un nuevo paradigma (Kuhn, 1962), donde el compromiso del analista en su labor se reconoce por fin explícitamente. A partir de ese momento, el concepto de asimetría cambia, tiene que cambiar; y así se definen dos formas de entender el psicoanálisis y también de practicarlo: algunos autores piensan que la participación contratransferencial del analista en el tratamiento no borra la asimetría, pero hace más difícil mantenerla, obligando al psicoanalista a rescatarse momento a momento del proceso para poder desde allí interpretarlo; otros piensan, en cambio, que la asimetría se torna por completo ilusoria.

Si bien el descubrimiento de la contratransferencia como instrumento técnico se dio simultánea e independientemente en Londres y Buenos Aires, es evidente que Racker la estudió más consistentemente. En 1948 Racker postuló una neurosis de contratransferencia como réplica de la neurosis de transferencia con sus características específicas (*Estudio 5*) y en el *Estudio 6* de 1953 precisó los significados y usos de la contratransferencia, distinguiendo varios tipos. En las ocurrencias contratransferenciales el analista se encuentra pensando espontáneamente algo egodistónico, que de momento no se justifica y después aparece de alguna forma en el material del analizado. Las posiciones contratransferenciales, en cambio, son más permanentes e implican un mayor conflicto en el analista.

Racker también clasifica la contratransferencia en concordante y complementaria. En la contratransferencia concordante el analista se

identifica parte a parte con las instancias psíquicas del analizado y es por tanto más empática; en la contratransferencia complementaria el analista ocupa el lugar del objeto interno del paciente, lo que implica un mayor nivel de conflicto. A esto agrega León Grinberg (1976, etcétera) el concepto de contraidentificación proyectiva, donde los conflictos del analista no entran en juego y es la identificación proyectiva del analizado lo que, por su intensidad y calidad, lleva al analista a hacerse cargo «de una reacción o mecanismo que pertenece al paciente» (Grinberg, 1976: 89). En otras palabras, en la contraidentificación proyectiva el analista se ve literalmente forzado a asumir el papel de un objeto que, poco o nada, tiene que ver con él. Este aporte de Grinberg completa y enriquece las ideas de Racker, y subraya el valor comunicativo de la identificación proyectiva.

La teoría de la contratransferencia como instrumento vino a mostrar que el proceso psicoanalítico es más complejo de lo que antes se pensaba; pero también abrió nuevos caminos.

Los Baranger (1961-2), definieron la situación analítica como campo dinámico, donde aparece una fantasía de pareja.

A partir de la práctica del psicoanálisis con parejas, familias y grupos se fue constituyendo otro marco teórico para abarcar los desafíos que proponen estas nuevas prácticas. Culminando una investigación de muchos años, Isidoro Berenstein y Janine Puget (1997) diferencian relación de objeto y vínculo. La tesis fundamental de estos autores es que el otro no es sólo *semejante* sino también *ajeno*. Puget y Berenstein consideran que vivimos en distintos mundos psíquicos, que no son superponibles. En el mundo intrasubjetivo está el sujeto con sus representaciones y sus fantasías, donde operan los mecanismos de proyección e introyección; aquí funciona la relación de objeto y el otro sólo es necesario para ubicar aspectos de la propia mente. En el mundo intersubjetivo, el yo está con otros y la relación es más homogénea, más real. En el vínculo —dice Mogueillansky, 1999— la alteridad es irreductible (p. 97); y en tanto partícipes del vínculo, somos significados por él. En el espacio vincular aparece lo que es ajeno, lo incompartible del otro. El tercer espacio es el sociocultural, con sus valores, sus creencias y sus ideologías: es el mundo transubjetivo, que atraviesa los otros dos, donde se alojan las relaciones del yo con la sociedad.

Cuando en 1970 George S. Klein se pregunta si en el psicoanálisis hay dos teorías o una y se declara partidario de la teoría clínica en contra de la

metapsicología, abre un camino que nos va a conducir a la hermenéutica. El lenguaje y la teoría clínica dan cuenta de la motivación y de las relaciones objetales, mientras la metapsicología, que concibe la mente con un modelo mecánico, paga un alto precio para sostener una explicación de la actividad mental en los términos fiscalistas caros a Freud y a los científicos del siglo XIX. La teoría clínica, en cambio, va en busca de los significados que surgen del conflicto humano. Esta línea fue después seguida por Gill (1994, etcétera), Schafer (1976, etcétera) y en otro sentido por Owen Renik (1993) y Donald P. Spence (1982, etcétera).

La hermenéutica psicoanalítica tiene también grandes cultores en Europa, como Alfred Lorenzer (1970, etcétera) con su teoría de la comprensión escénica, que se sostiene en el círculo hermenéutico con la comprensión, sin recurso alguno a la explicación. En Francia se destaca la obra de Serge Viderman (1979), con su énfasis en el lenguaje. El campo de la hermenéutica psicoanalítica es vasto y difícil de delimitar, como dice Saks (1999), aunque podemos señalar que se interesa fundamentalmente por el lenguaje y el sentido, por razones y no por causas, abogando por la comprensión y no por la explicación.

La viva controversia sobre si el psicoanálisis es una ciencia de la naturaleza (Naturwissenschaften) o del espíritu (Geisteswissenschaften) ocupa un lugar importante en nuestros días, que despertó el interés de Charles Hanly (1992), Gregorio Klimovsky (1994), Jorge Luis Ahumada (1999) y otros investigadores. En el valioso libro de Thomä y Kächele (1985) puede encontrarse una clara exposición de esta problemática. Al margen de esta discusión cabe mencionar a André Green (1991), para quien el psicoanálisis es un conocimiento del sujeto válido por sí mismo y por completo separado de la ciencia.

Toda teoría y toda práctica nos exponen a ciertos riesgos y sostenerlas no es sin costo. Así como los que entienden el psicoanálisis como ciencia de la naturaleza pueden caer en el positivismo y perder de vista la singularidad del lenguaje humano, los que se amparan en el círculo hermenéutico siempre verán oscilar sobre su cabeza la espada de Damocles de la folie à deux. Los narrativistas, por su parte, están siempre a un tris de operar «per via di porre» y los interaccionistas de echar por la borda la asimetría. También los que prefieren operar con tres mundos en su intento de incorporar sustantivamente a nuestro quehacer al otro y a la sociedad, se exponen a descuidar la transferencia.

He llegado así al fin de mi exposición. Lamento lo que dejé en el camino y lo que tuve que abreviar. Quiero pensar, sin embargo, con optimismo, que lo dicho puede ser un estímulo para el pensamiento y la crítica de todos ustedes, que me honran con su presencia.

Quiero agradecer a Harold P. Blum, Roberto Doria Medina Jr, Jacqueline Amati-Mehler, Jorge Luis Ahumada y María Isabel Siquier por la ayuda que me prestaron para redactar este trabajo.

R. Horacio Etzegoyen

Posadas, 1580, 13 A
5112 Buenos Aires
Argentina

Notas

1. Presentado al VIIIème Recontre Internationale de l'Association Internationale d'Histoire de la Psychanalyse, 20 al 22 de julio de 2000, Versailles, Francia.
2. Este manuscrito se llamó «Sueños e histeria» y se terminó el 24 de enero de 1901.
3. «Le dije que la superación de resistencias era un mandamiento de la cura que nos era imposible hacer a un lado». (Freud, 1909, A.E., 10: 133).
4. «Tradition yield to expediency», «yet this expediency in its turn became a tradition» — dice Kardiner, pág. 18.
5. «C'est pourquoi la suspension de la séance dont la technique actuelle fait une halte purement chronométrique et comme telle indifférente à la trame du discours, y joue le rôle d'une seansion qui a toute la valeur d'une intervention pour précipiter les moments concluants». (*Écrits*, p. 252).

Bibliografía

- ABRAHAM, K. (1919). «Una forma particular de resistencia neurótica contra el método psicoanalítico». En: *Psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Paidós, 1959, cap. 15.
- AHUMADA, J. L. (1992). «De l'ange déchu et du sujet: une critique des bases de la pensée de Jacques Lacan et de sa technique». En: *Revue française de Psychanalyse*. — (1999). *Descubrimientos y refutaciones. La lógica de la indagación psicoanalítica*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- ARLOW, J. (1969). «Unconscious fantasy and disturbances of conscious experiences.». En: *The Psychoanalytic Quarterly*, 38:1-27.
- BARANGER, M. y BARANGER, W. (1961-1962). «La situación analítica como campo dinámico.» En: *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4:3-54.
- BERENSTEIN, I. y PUGET, J. (1997). *Lo vincular. Clínica y técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- BLUM, H. (1994). *Reconstruction in psychoanalysis. Childhood revisited and recreated*. Madison, Connecticut: International Universities Press.

- BORGES, J. L. (1944). «Funes el memorioso». *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974; 485-490.
- BRENNER, C. (1994). «The mind as conflict and compromise formation». En: *Journal of Clinical Psychoanalysis*, 3:473-488.
- (1999) «Más allá del yo y el ello». Leído en APdeBA, 2 de setiembre.
- BREUER, J. y FREUD, S. (1895). *Estudios sobre la histeria*. A. E., 2.
- DIATKINE, G. (1999). *Jacques Lacan. Vida y pensamiento psicoanalítico*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- FAIRBAIRN, R. D. (1958). «On the nature and aims of psycho-analytical treatment». *The International Journal of Psycho-Analysis*, 39:374-385.
- FENICHEL, O. (1941). *Problems of psychoanalytic technique*. New York: Psychoanalytic Quarterly Inc.
- FERENCZI, S. (1919). «Dificultades técnicas de un análisis de histeria.» En *Psicoanálisis*, 3: 21-28.
- (1920). «Prolongaciones de la “técnica activa” en psicoanálisis.» En *Psicoanálisis*, 3: 137-155.
- FERENCZI, S. y RANK, O. (1923). *The development of psycho-analysis*. New York: Nervous and Mental Disease, Publishing Co., 1925.
- FERRARI, H. y SEIGUER, G. (1997). «Consideraciones sobre la frecuencia de las sesiones y las reglas del método en psicoanálisis». En: *Psicoanálisis*, 19: 17-41.
- FREUD, A. (1927). «Four lectures on child analysis.» En: *Writings*, 1: 1-69.
- (1936). «The ego and the mechanisms of defense». En: *Writings*, 2.
- FREUD, S. (1905a). «Sobre psicoterapia». A. E., 7: 243-257.
- (1905b). «Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora).» A. E., 7: 1-107.
- (1909). «A propósito de un caso de neurosis obsesiva.» A. E., 10: 119-194.
- (1910). «Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica.» A. E., 11: 129-142.
- (1912). «Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico.» A. E., 12: 107-119.
- (1913). «Sobre la iniciación del tratamiento. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, 1).» A. E., 12: 121-144.
- (1914). «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico». A. E., 14: 1-64.
- (1915). «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, 3).» A.E., 12: 159-176.
- (1918). «De la historia de una neurosis infantil». A. E., 17: 1: 112.
- (1919). «Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica». A. E., 17: 151-163.
- (1923). *El yo y el ello*. A. E., 19:1-66.
- (1937). «Construcciones en el análisis». A. E., 23: 255-270.
- GILL, M. M. (1994). *Psychoanalysis in transition: a personal view*. Hillsdale, New Jersey: Analytic Press.
- GREEN, A. (1991). «Desconocimiento del inconciente (ciencia y psicoanálisis).» En: *El inconciente y la ciencia*, R. Dorey et al. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993.
- GREENSON, R. R. (1965). «The working alliance and the transference neurosis». En: *Psychoanalytic Quarterly*, 34: 155-181.
- GRINBERG, L. (1976). *Teoría de la identificación*. Buenos Aires: Paidós.
- GROSSKURTH, P. (1986). *Melanie Klein. Her world and her work*. London: Hodder & Stoughton.
- HANLY, C. (1992). *The problem of truth in applied psychoanalysis*. New York: The Guilford Press.
- HARTMANN, H. (1939). *Ego psychology and the problem of adaptation*. New York: International Universities Press, 1958.
- HEIMANN, P. (1950). «On countertransference». *The International Journal of Psycho-Analysis*, 31: 81-84.
- (1960). «Countertransference». *British Journal of Medical Psychology*, 33: 9-15.
- JOSEPH, B. (1989). *Psychic equilibrium and psychic change*. London: Tavistock/Routledge. [*Equilibrio psíquico y cambio psíquico*. Madrid: Julián Yébenes, S. A., 1993].
- KARDINER, A. (1977). *My analysis with Freud. Reminiscences*. New York: W. W. Norton & Co.
- KLEIN, G. S. (1970). «Two theories or one?» *Bulletin of the Menninger Clinic*, 37: 102-132. [*Revista de Psicoanálisis*, 27: 553-594].
- KLEIN, M. (1926). «Principios psicológicos del análisis infantil». *Obras completas*, 1: 137: 147.
- (1927). «Simposium sobre análisis infantil». *Obras completas*, 1: 148-177.
- KLIMOVSKY, G. (1994). *Las desventuras del conocimiento científico. Una introducción a la epistemología*. Buenos Aires: A-Z editora.
- KUHN, T. S. (1962). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: Chicago University Press.
- LACAN, J. (1953). «Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse». En *Écrits*: 237-322. [*Lectura estructuralista de Freud*; 59-139].
- (1958). «La direction de la cure et les principes de son pouvoir». En *Écrits*: 585-645.
- (1966). *Écrits*. Paris: Éditions du Seuil. [*Lectura estructuralista de Freud*. México: Siglo Veintiuno, 1971].
- LIBERMAN, D. (1962). *La comunicación en terapéutica psicoanalítica*. Buenos Aires: EUDEBA.
- LORENZER, A. (1970). *El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1977.
- MAHONY, P. J. (1986). *Freud and the Rat Man*. New Haven & London: Yale University Press.
- MELTZER, D. (1978). *Desarrollo Kleiniano*. Buenos Aires: Spatia, 1990.
- MIJOLLA, A. de (1984). «Los comienzos de los psicoanálisis en la época de Freud». En: *Historia del psicoanálisis*, Roland Jaccard (1984), 1: 239-262.
- MOGUILLANSKY, R. (1999). *Vínculo y relación de objeto*. Buenos Aires: Polemos.
- RACKER, H. (1948). «La neurosis de contratransferencia». *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, 5.
- (1953). «Los significados y usos de la contratransferencia». *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, 6.
- (1960). *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.

- RANGELL, L. (1971). «The decision-making process: a contribution from psychoanalysis». *Psychoanalytic Study of the Child*, 26: 425-452.
- (1989). «Action theory within the structural view». *The International Journal of Psycho-Analysis*, 70: 189-203.
- REICH, W. (1933). *Análisis del carácter*. Buenos Aires: Paidós, 1957.
- REIK, T. (1933). «New ways in psychoanalytic technique». *The International Journal of Psycho-Analysis*, 14: 321-334.
- RICHFIELD, J. (1954). «An analysis of the concept of insight». *Psychoanalytic Quarterly*, 23: 398-408.
- RENIK, O. (1993). «Analytic interaction: conceptualizing technique in light of the analyst's irreducible subjectivity». *The Psychoanalytic Quarterly*, 62: 553-571.
- ROAZEN, P. (1995). *How Freud worked. First-hand accounts of patients*. Northvale, New Jersey: Jason Aronson.
- ROSENFELD, D. (1992). «The handling of resistances in adult patients». En *The psychotic aspects of the personality*. London: Karnak Books, capítulo 7.
- ROUDINESCO, E. (1993). *Jacques Lacan. Esquisse d'une vie, histoire d'un système de pensée*. Paris: Fayard.
- SAKS, E. R. (1999). *Interpreting interpretation. The limits of hermeneutic psychoanalysis*. New Haven & London: Yale University Press.
- SAUSSURE, J. de (1983-1985). «Comentarios sur les normes de l'API relatives a la formation». *Bulletin de la Société Suisse de Psychanalyse*, 22: 13-18.
- SCHAFFER, R. (1976). *A new language for psychoanalysis*, New Haven: Yale Universities Press.
- SEGAL, H. (1962). «The curative factors in psychoanalysis». *The International Journal of Psycho-Analysis*, 43: 212-217.
- SIQUIER, M. I. y SOLIMANO, A. (2000). *Reflexiones sobre el método psicoanalítico*. (No publicado).
- SPECIALE BAGLIACCA, R. (1982). *Sulla spalle di Freud*. Roma: Astrolabio. [A hombros de Freud. Madrid: Tecnopublicaciones, 1988].
- SPENCE, D. P. (1982). *Narrative truth and historical truth*. New York: Norton.
- STEINER, R. (1985). «Some thoughts about tradition and change arising from an examination of the British Psychoanalytical Society's Controversial discussions (1943-1944)». *The International Review of Psycho-Analysis*, 12: 27-71.
- STERBA, R. (1934). «The fate of the ego in analytic therapy». *The International Journal of Psychoanalysis*, 15: 117-126.
- STRACHEY, J. (1934). «The nature of the therapeutic action of psycho-analysis». *The International Journal of Psycho-Analysis*, 15: 127-159.
- (1953). Editor's note. *S. E.*, 7: 3-6.
- THOMÁ, H. y KÄCHELE, H. (1985). *Teoría y práctica del psicoanálisis. I. Fundamentos*. Barcelona: Editorial Herder, 1989.
- VIDERMAN, S. (1979). «The analytic space: meaning and problems». *The Psychoanalytic Quarterly*, 48: 257-291.
- WALLERSTEIN, R. S. (1988). «One psychoanalysis or many?» *The International Journal of Psycho-Analysis*, 69: 5-21
- WINNICOTT, D. W. (1955). «Metapsychological and clinical aspects of regression within the psycho-analytical set-up». *The International Journal of Psycho-Analysis*, 36: 16-26.
- (1977). *The Piggie. An account of the psychoanalytic treatment of a little girl*. New York: International Universities Press.
- ZAC, J. (1971). «Un enfoque metodológico del establecimiento del encuadre». *Revista de Psicoanálisis*, 28: 593-610.
- ZETZEL, E. R. (1956). «Current concepts of transference». *The International Journal of Psycho-Analysis*. 37: 369-376.